

Cielo o Paraíso en las Homilías de San Basilio: texto y contexto del planteo

*Heaven or Paradise in the Homilies of Saint Basil:
text and context of the proposal*

Elena Calderón de Cuervo¹

Universidad Nacional de Cuyo

Facultad de Filosofía y Letras

Mendoza - Argentina

ecalderondecuervo@gmail.com

Sumario: 1. San Basilio y su tiempo. 2. Las homilías dentro de la obra de San Basilio. 3. San Basilio, la Iglesia griega y la idea del cielo. 4. El cielo en las Homilías panegíricas de San Basilio. 5. Conclusiones

Resumen: San Basilio es el primero que se ocupa bajo el punto de vista físico, del origen y de la constitución del cielo empíreo influye notablemente en la teología del medioevo. Para él, el cielo es mucho más antiguo que el mundo visible, es hasta eterno sin relación con el tiempo. Se puede decir que es para el santo un lugar o algo análogo, propio a recibir las naturalezas angélicas. No se trata, como sostenían los gnósticos, de que solamente llegan al cielo los *pneumáticos* y que la ascensión es efecto de una especial cualidad intelectual, sino de que el Cielo es el resultado

¹ Dra. en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

de la Fe en Cristo tanto como de una conducta proba. Para presentarnos la idea de cielo, Basilio trabaja mostrando algo así como el revés de la trama: frente a los dolores y sufrimientos de este mundo pasajero, Dios nos espera en ese otro y nuevo mundo donde a cada pena corresponderá una alegría y un gozo sin fin. Y, además, los que ya están allí por su testimonio o sus buenas obras, interceden por cada uno de nosotros para que todos gocemos eternamente con El y con ellos.

Palabras clave: Patrística, Basilio el Grande, Cielo o paraíso

Abstract: Saint Basil is the first to deal, from a physical point of view, with the origin and constitution of the empyrean heaven, with a notable influence on medieval theology. For him, the sky is much older than the visible world, it is even eternal without relation to time. It can be said that for the saint it is a place or something analogous, suitable for receiving angelic natures. It is not, as the Gnostics maintained, that only *pneumatics* reach heaven and that ascension is the effect of a special intellectual quality, but that Heaven is the result of Faith in Christ as much as of honest conduct. To present to us the idea of heaven, Basilio works by showing something like the reverse of the plot: faced with the pain and suffering of this passing world, God awaits us in that other and new world where each pain will correspond to joy and joy without end. And, furthermore, those who are already there because of their testimony or his good works, intercede for each one of us so that we can all enjoy eternally with Him and with them.

Keywords: Patristics, Basil the Great, Heaven or paradise.

Cita sugerida: Calderón de Cuervo, E. M. (2024). Cielo o Paraíso en San Basilio: texto o contexto según planteo. *Revista de Historia Univesal*, 29, 47-66.

1. San Basilio y su tiempo

San Basilio Magno (Μέγας Βασίλειος) es uno de los Padres de la Iglesia griega que más brillaron en el siglo IV en Capadocia y en

toda la Iglesia primitiva. Nació hacia el año 329 en Cesarea de Capadocia (Asia Menor), donde su padre, aunque oriundo del Ponto, ejercía la abogacía y la retórica. Entre sus nueve hermanos, figuraron San Gregorio de Nicea, Santa Macrina la Joven y San Pedro de Sebaste. Inició su educación en Constantinopla y la completó en Atenas. Allá tuvo como compañeros de estudio a San Gregorio Nacianceno, que se convirtió en su amigo inseparable y a Juliano, que más tarde sería el emperador apóstata. Basilio y Gregorio Nacianceno, los dos jóvenes capadocios, se asociaron con los más selectos talentos contemporáneos y, como lo dice este último en sus escritos, “sólo conocíamos dos calles en la ciudad: la que conducía a la iglesia y la que nos llevaba a las escuelas”. Tan pronto como Basilio aprendió todo lo que sus maestros podían enseñarle, regresó a Cesarea. Ahí pasó algunos años en la enseñanza de la retórica y, cuando se hallaba en los umbrales de una brillantísima carrera, se sintió impulsado a abandonar el mundo².

Fue entonces, al parecer, que Basilio recibió el bautismo y, desde aquel momento, tomó la determinación de servir a Dios dentro de la pobreza evangélica. Comenzó por visitar los principales monasterios de Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, con el propósito de observar y estudiar la vida religiosa. Al regreso de su extensa gira, se estableció en un paraje agreste y muy hermoso en la región del Ponto, y en aquel retiro solitario se entregó a la plegaria y al estudio. Con los discípulos, que no tardaron en agruparse en torno a él, entre los cuales figuraba su hermano Pedro, formó el primer monasterio que hubo en el Asia Menor,

² Está fuera de dudas que Basilio era un excelente maestro de todos los medios que la retórica profana ponía a disposición de sus adeptos; si él no los usa sino muy discretamente, es a causa de su gusto personal más sobrio (Cfr. Aimé PUECH, 1930, III, pp. 238 s q.)

organizó la existencia de los religiosos y enunció los principios que se conservaron a través de los siglos y hasta el presente gobiernan la vida de los monjes en la Iglesia de oriente. San Basilio practicó la vida monástica propiamente dicha durante cinco años solamente, pero en la historia del monaquismo cristiano tiene tanta importancia como el propio San Benito.

Por aquella época, la herejía arriana estaba en su apogeo y los emperadores herejes perseguían a los ortodoxos. En el año 363, se convenció a Basilio para que se ordenase diácono y sacerdote en Cesarea; pero inmediatamente, el arzobispo Eusebio manifestó cierta disconformidad con esta designación, y éste, para no crear discordias, volvió a retirarse calladamente al Ponto para ayudar en la fundación y dirección de nuevos monasterios. Sin embargo, Cesarea lo necesitaba y lo reclamó. Dos años más tarde, San Gregorio Nacienceno, en nombre de la ortodoxia, sacó a Basilio de su retiro para que le ayudase en la defensa de la fe del clero y de las Iglesias, azotadas por la gran herejía del arrianismo que, irrumpiendo violentamente en el siglo IV, negaba la Divinidad de **Jesucristo**. No es el caso aquí de desarrollar este problema, pero sí de señalarlo como el más urgente y difícil de esa época, al punto que San Basilio colaboró con los dos Gregorios en la defensa de la Fe católica en la Trinidad tal como fuera definida en el Concilio de Nicea³.

³ Resulta muy importante resaltar de qué manera la herejía arriana tomó fuerza gracias a la adopción de ésta por las autoridades imperiales: Juliano, llamado el Apóstata porque fue amigo de Gregorio y Basilio, y luego Valente se convirtieron en perseguidores encarnizados contra la jerarquía eclesiástica que, durante casi 30 años, cedió frente al temor impuesto por los gobernantes. Su desarrollo entre los bárbaros fue más político que doctrinal. Ulfilas (311-388), quien trajo las Escrituras al maeso-gótico, enseñó una teología acacia a los ostrogodos del Danubio; reinos arrianos surgieron en España, África, Italia. Los gépidas, hérulos, vándalos, alanos y lombardos recibieron un sistema que eran tan poco capaces de comprender como de defender, (continúa)

El año de 370 murió Eusebio y, a pesar de la oposición que se puso de manifiesto en algunos poderosos círculos, Basilio fue elegido para ocupar la sede arzobispal vacante. El 14 de junio tomó posesión, para gran contento de San Atanasio y una contrariedad igualmente grande para Valente, el emperador arriano. El puesto era muy importante y, en el caso de Basilio, muy difícil y erizado de peligros, porque al mismo tiempo que obispo de Cesarea, era exarca del Ponto y metropolitano de cincuenta sufragáneos, muchos de los cuales se habían opuesto a su elección y mantuvieron su hostilidad.

2. Las homilías dentro de la obra de San Basilio

La obra de Basilio comprende cuatro categorías: una serie de discursos (homilías o panegíricos); escritos dogmáticos; un conjunto de escritos ascéticos y su correspondencia. Sería necesario leer sus innumerables escritos, particularmente su epistolario, donde se halla diseminada la historia de sus crisis interiores, de sus inquietudes apostólicas y de sus dolores espirituales. Junto al asceta y al contemplativo, al pastor infatigable y al defensor de los derechos de la verdad católica, encontramos al insigne polígrafo que, en multitud de cartas, de discursos y tratados dogmáticos, preferentemente ascéticos, iba

y los obispos católicos, los monjes, la espada de Clodoveo y la acción del papado, terminaron esto a comienzos del siglo VIII. Nunca ha sido revivido el arrianismo en la forma que tomó bajo Arrio, Eusebio de Cesarea y Eunomio. Individuos, entre los que están Milton y Newton, fueron quizás contaminados con el mismo. Pero la tendencia sociniana de la que salieron las doctrinas unitarias no le debe nada a la escuela de Antioquía o a los concilios opuestos a Nicea. Tampoco ha quedado ningún líder arriano con un carácter de proporciones heroicas en la historia. En toda la historia no hubo sino un solo héroe, el impertérrito San Atanasio cuya mente fue igual a los problemas, como su gran espíritu lo fue a las vicisitudes, una cuestión sobre la que el futuro del cristianismo dependió. (Gribomont, 1983, pp. 491-497); Colmbás, 1974, pp. 184 y ss.).

vertiendo su ciencia y su piedad, encaminadas a llevar las almas a Dios (Loarte,1998).

Hablando de su oratoria, se ha dicho que Basilio fue el primer orador de la Iglesia; Atanasio arengaba a los soldados de la fe; Orígenes dogmatizaba ante sus discípulos; Basilio hablaba a todas horas y a toda clase de hombres, con un lenguaje a la vez natural y sabio, cuya elegancia no disminuía ni la sencillez ni la valentía. Gregorio fue tal vez más brillante; para Basilio la dicción y el estilo eran no ornato, sino armas de la verdad, cuyo mango, más o menos labrado, sólo servía para clavarla más honda.

Predicaba frecuentemente sobre la limosna, y a los ricos les dirigía los siguientes reproches:

¿No te sientes ladrón? no lo olvides: el pan que tú no comes pertenece al que tiene hambre; el vestido que tu no usas pertenece al que va desnudo; el calzado que no empleas es propiedad del descalzo; el dinero, que tú malgastas, es oro del indigente. Eres un ladrón de todos aquellos a quienes podrías ayudar. (Loarte, 1998, p. 152)

Antes de entrar en el género homilético, que es el que nos interesa, conviene distinguir el sentido retórico que lo define. Si bien el significado directo de homilía (forma sustantiva de *homiliein*: conversar) es conversación; en su sentido riguroso es la plática, oración o razonamiento que se tiene en junta o concurrencia de gentes congregadas, para consultar o tratar de alguna cosa (RAE, 1726); pero ya se entienden por homilías los sermones, oraciones y exhortaciones que se hacen al pueblo. De acuerdo con Roque Barcia, homilía y sermón son sinónimos, ya que tanto la una como la otra palabra significa la plática con que se enseñan materias dogmáticas. Sin embargo, técnicamente, homilía es la predicación, es decir, el género; sermón es lo que se

predica: la especie. Más aún, siguiendo este criterio, la homilía tiene oradores; el sermón, oyentes (Roque Barcia, 1902).

No se puede dejar de señalar que la antigua homilía cristiana es un género muy flexible y muy amplio en donde la exégesis, el dogma y la moral toma cada uno su parte, aunque alguno de estos aspectos puede predominar según el caso. De acuerdo con esto, las homilías de Basilio pertenecen a tres categorías principales: exegéticas, catequísticas y panegíricas. Se cuentan unas veinticuatro como auténticas de San Basilio. Las Homilías panegíricas, que no son más que cinco, pero tienen, para este propósito, una importancia fundamental, ya que, de todas las formas del discurso cristiano, el panegírico es el que tuvo más relación con las del discurso profano. El elogio fue uno de los géneros favoritos de la elocuencia clásica desde sus más antiguos orígenes. Isócrates dio el modelo en su *Elogio de Evágoras* y en otros escritos. En este sentido, los retóricos habían establecido las reglas con una precisión minuciosa y se puede encontrar en ellos una suerte de esquema muy completo, al que no había más que completarlo con las particularidades propias de la vida de aquel que se quería alabar. Basilio va a usar este esquema en la narración y el elogio de las vidas de los Mártires, para esa época muy escasas.

Entre las obras exegéticas se encuentran las nueve homilías sobre el *Hexámeron*, cortadas en el día quinto, pronunciadas por Basilio durante una semana de Cuaresma; y las trece homilías sobre los Salmos, predicadas, como las anteriores, antes de recibir la consagración episcopal. En el *Hexámeron* describe brillantemente las obras de Dios Creador, pero se extiende juntamente en el planteamiento de los problemas filosóficos o científicos relativos al origen del mundo. En la exégesis de los Salmos, Basilio sigue

más bien las directrices alegóricas de la escuela alejandrina, encauzándolas a los variados temas de la mística y de la moral.

Es importante señalar que las homilías, en su generalidad, estaban dirigidas no a un público restringido, a una elite, como uno estaría tentado de suponer leyendo ciertas consideraciones muy elevadas y que se encuentran, sobre todo, en los primeros escritos. Por el contrario, estaban destinadas a toda la comunidad de Cesarea, donde los artesanos eran muy numerosos. De allí que el estilo, si es que podemos extender la opinión a todas las homilías, es de tono simple y serio, fundamentalmente didáctico, según la tradición consagrada de la homilía exegética y los elementos habituales de esta especie de discurso se encuentran en ellas en la medida usual: a veces el texto comienza sin preámbulo o con un preámbulo muy simple y concluye de la misma manera. A menudo el exordio o la conclusión son un trozo elegido donde Basilio muestra su virtuosismo. En el cuerpo de la homilía sigue el orden que le traza el texto sagrado o la narración de las Actas de los Mártires, pero dándole mayor o menos desarrollo a cada versículo o hecho narrado para poder examinar en detalle los problemas difíciles o sacar jugo con la exégesis de un pasaje o comentario morales y, aún, consideraciones teológicas y *disputatios* propias de la época en las que se advierte esa atención que el santo tenía a los errores de su tiempo. Por ejemplo, cuando se refiere en la Homilía I,4 a la creación del mundo sensible, Basilio hace uso de sus conocimientos de física y de historia natural. Pero esto le permite también darle una parte a la moral y a la teología ortodoxa. Las primeras palabras del Génesis lo invitan a señalar uno de sus desacuerdos profundos que separan el cristianismo de la filosofía pagana, a pesar de la buena voluntad que puso en aproximarlas: la filosofía griega proclama la eternidad del mundo y la materia; la cosmología de Moisés la

rechaza (Hom I,3). En definitiva, es el dualismo lo que Basilio rechaza que, bajo la forma de maniqueísmo, doctrina contemporánea a nuestro autor, él pudo conocer bien. O cuando comenta la creación del sol, el culto de este astro, que él había visto practicar por Juliano, adorador de Mitra y autor del *Discurso sobre el Rey Sol* (Hom V,1). En la Homilía IX, cuando llega a la creación del hombre, tema que no hace más que señalar, pero no lo desarrolla, cita las palabras del Génesis: *Hagamos al hombre a nuestra imagen*, el plural, “hagamos” le es una ocasión de denunciar el arrianismo.

Notemos que todos los escritos de San Basilio acusan una tendencia moralizante y pastoral, a que su alma apostólica tan fuertemente le inclinaba; sólo eso permitiría, aun sin tener en cuenta sus escritos especializados, contarlos entre los primeros escritores ascéticos. Pero San Basilio no podía por menos de legarnos tratados especiales sobre la ascesis. Ya han quedado consignadas las *Grandes Reglas*, divididas en 55 capítulos, y las *Pequeñas Reglas*, resumen de las anteriores en 313 apartados. Publicó además el libro de los *Morales*, colección sistemática de textos del Nuevo Testamento, cinco tratados sobre la vida cristiana, y las homilías de contenido moral arriba mencionadas. San Basilio no fue un moralista teórico o doctrinario, ni siquiera un sistematizador de los principios o de las aplicaciones ascético-morales. Pero esto no quiere decir que su doctrina no sea coherente, ya que emana de principios filosóficos y teológicos indiscutidos; fue en este terreno donde supo mejor San Basilio, al igual que otros Padres de la Iglesia primitiva, armonizar el helenismo pagano y el cristianismo; de aquél supo conservar el marco y el fondo de eterna sabiduría, de este extrajo la sublimidad de la doctrina y sobre todo el misticismo ardiente de su alma.

3. San Basilio, la Iglesia griega y la idea del cielo

Los problemas especulativos y las inquisiciones sobre el más allá parecen preocupar menos a los griegos que a los latinos en el siglo IV, y no encontramos en ellos sino la enseñanza fiel a la doctrina católica romana, fuera de la dilación de la recompensa y de la universalidad de la salvación, cuestiones secundarias para el punto de vista que tratamos. Eusebio de Cesarea nos muestra el alma de Constantino junto a Dios (*De Vita Constantini*), revestida con esplendores de luz y mirando de hito en hito las bóvedas del cielo. Estas últimas palabras parecen dar a entender que hay en el cielo, según Eusebio, una distinción y sucesión de moradas. Atanasio hace resaltar, sobre todo, la unión de las almas santas en Cristo con quien no formamos más que un cuerpo místico (Atanasio, 1973, c.V.)

Conviene en este punto, por un lado, definir que por cielo la Iglesia entiende el estado de los santos que ven a Dios y son bienaventurados o la morada especialmente reservada a la sociedad de los elegidos en la eternidad bienaventurada. El concepto primordial de la palabra cielo no es el mismo en todos los pueblos. En hebreo tiene la idea de elevación, de altura: la Biblia emplea el término *samayim* que parece venir de la raíz *samâh* (ser elevado). Una idea parecida se halla en el bajo alemán, *hëban* y en el inglés, *heaven*. Los griegos veían más bien en el cielo una suerte de envoltura, como de revestimiento del mundo terrestre: *uranós*; en sánscrito *varuna* provenía de la raíz *var*: cubrir. En latín *caelum* expresa la idea de bóveda, cuya raíz puede ser *ku*: cavar o tal vez la idea de luz, resplandor, cuya raíz es *kha*: brillar (Rosanas, 1952).

En cuanto símbolo, su sentido en las culturas antiguas es cuasi universal por el cual se expresa la creencia «en un Ser divino

celeste, creador del universo y garante de la fecundidad de la tierra. Tal ser está dotado de una presciencia y una sabiduría infinitas; las leyes morales y los rituales han sido instaurados por los seres celestiales durante su breve estancia sobre la tierra; ellos velan por la observancia de las leyes y el relámpago fulmina a quien les desobedece. El modo de ser celeste es una hierofanía inagotable. Por consiguiente, todo lo que sucede en los espacios siderales y en las regiones superiores de la atmósfera: la revolución rítmica de los astros, la persecución de las nubes, las tempestades, el rayo, los meteoros, el arco iris, son momentos de esta hierofanía. El cielo es la residencia de las divinidades, designa a veces el Poder divino propiamente. Es también la morada de los bienaventurados. Se consideran a menudo siete o nueve cielos. En Dante, por ejemplo, se mantiene esta jerarquía de estados espirituales. En el *Paradiso* dantesco se cuenta, además de los siete círculos planetarios y por encima de ellos, en octavo lugar, el cielo de las estrellas fijas y, en noveno lugar, el *primum mobile*, completando los nueve estados del cielo (1974).

En el lenguaje bíblico, al igual que en todas las lenguas, el cielo significa ordinariamente las regiones superiores a la tierra, ora el cielo atmosférico, el de las nubes y el de las aves, ora el cielo sidéreo. El cielo estrellado es considerado como un cuerpo sólido, *râquiá*, firmamento. Allí Yavé ostenta más especialmente sus atributos divinos: poder, sabiduría, bondad.

Los errores tocantes a la existencia del cielo no fueron nunca, hasta entrada la Modernidad, ni numerosos ni importantes, y no encontramos en la historia de las doctrinas contrarias, sino algunas opiniones fantásticas sin originalidad, o negaciones que no merecen crédito. Pero, a partir del siglo II, se manifiestan los gnósticos cuyas opiniones sobre el cielo nos han sido transmitidas

gracias al trabajo exhaustivo de San Ireneo y San Epifanio. Los valentinianos admitían la existencia de siete cielos dotados de vida e inteligencia. En esta teoría, sobre el tercer cielo se encontraba un ángel revelador que habría instruido a Adán. El Demiurgo moraba por encima de los siete cielos. Sólo los *pneumáticos* podían subir a estas regiones y su ambición constante era la de subir más arriba del Demiurgo. En la medida en que, para la Gnosis, el dualismo es un principio esencial y solo el espíritu, que se manifiesta en los pneumáticos, es el responsable de la perfección y del conocimiento, el ascenso a los cielos está subordinado y depende exclusivamente de una acción del *nous* o del intelecto, no de los actos buenos o malos. El espíritu, en este contexto, no es responsable de las acciones de la materia que puede actuar – y de hecho lo hacía- sin ataduras de orden moral. Estas mismas ideas las hallamos en los discípulos de Basílides. Entre la morada del Demiurgo y el mundo sublunar, se extendía, según ellos, el espacio etéreo, el mundo intermediario, compuesto de 365 cielos, de los cuales el primero era habitado por el grande Arcón, llamado Abraxas⁴. Sólo se salvan, como dijimos, los pneumáticos; sólo los hombres de la cofradía abandonarán la tierra por esta morada, y después de una serie de iluminaciones siempre crecientes, su destino será gustar una suerte de dicha, lejos de todo comercio con el mundo superior.⁵

⁴ Este grupo gnóstico creía que la tierra había sido creada por él. Pensaban, de igual forma, que su nombre encerraba grandes misterios debido en parte al hecho de que las siete letras griegas que lo componen (ΑΒΡΑΞΑΣ) suman un total de 365, la cifra de los días del año. Se creía, además, que comandaba a sólo 3 dioses, cada uno de ellos poseedor de una [virtud](#).

⁵Visto desde el punto de vista de [San Ireneo](#), Basílides enseñó que *nous* ([mente](#)) fue el primero nacido del Padre; a partir de *nous* nació *logos* ([razón](#)); de *logos*, *phronesis* ([prudencia](#)); de *phronesis*, *sophia* ([sabiduría](#)) y *dynamis* ([fuerza](#)), y de *phronesis* y *dynamis* las [virtudes](#), principados y arcángeles. El [cielo](#) fue hecho por estas huestes angelicales, sus descendientes (continúa)

Hasta qué punto estas teorías gnósticas entraron en Cesarea o en el medio Oriente en general, no es fácil de deducir, pero sí se halla la huella de ellas en el énfasis que los Padres pusieron en defender no solo la Trinidad – contra los arrianos- sino con este misterio mismo, la idea del Cielo.

4. El cielo en las Homilías panegíricas de San Basilio

En San Basilio no se halla distinción entre la palabra cielo y paraíso, pues emplea indistintamente las dos denominaciones. Y podemos afirmar que es uno de los primeros que se ocupan de la materialidad del cielo. En el exordio de la Homilía VI, el orador se dirige “para conducirlos como extranjeros a través de las maravillas de esta gran ciudad del universo” a aquellos que “ en la serenidad de la noche” han pensado a veces en el creador de todas las cosas, o a quienes, admirando la claridad de los días, “se han elevado, por medio de las cosas visibles, al Ser invisible”, y , de esta manera, en la *Homilía IX*, 2, recomienda “saber ver la palabra de Dios correr a través de la creación, comenzar en ese

hicieron el segundo cielo, y los descendientes de éstos, el tercero, y así sucesivamente hasta llegar al número 365. Por lo tanto el año tiene tantos días como hay cielos. Los **ángeles**, que sostienen el cielo visible o último, realizaron todas las cosas que están en el mundo y se repartieron entre ellos la tierra y las naciones sobre ella. El mayor de estos ángeles es el que se cree que es el **Dios** de los **judíos**. Y como él quería hacer de las otras naciones súbditas a la que era especialmente suya, los principados angélicos le presentaron la máxima resistencia; de ahí la aversión de todos los demás pueblos por dicha raza. El Padre por nacer y sin nombre, al ver su miserable situación, envió a su **primogénito**, *Nous* (y éste es el que es llamado **Cristo**) para liberar a aquellos que creerían en él desde el poder de los organismos angélicos que habían construido el mundo. Y para los **hombres** Cristo parecía ser un hombre y haber realizado **milagros**. Sin embargo, no fue Cristo quien sufrió, sino Simón de Cirene, quien se vio obligado a llevar la **Cruz** por él, y fue crucificado por **error** en lugar de Cristo. Al haber recibido Simón la forma de Jesús, y Jesús asumió la de Simón y se quedó allí y se rió de ellos. Simón fue crucificado y Jesús volvió a su Padre. A través de la **gnosis** (**conocimiento**) de Cristo las **almas** de los hombres se salvan, pero sus cuerpos perecen.

momento y acceder hasta ese día, llegando a ver a su cumplimiento perfecto, en el momento mismo en que el mundo fue consumado. Como una esfera, cuando ha recibido un impulso, y encuentra un declive, por el efecto de su propia estructura y de la cualidad del terreno, se deja llevar por la pendiente hasta que una superficie plana la recibe, así la naturaleza de las cosas, movida por un solo mandato, sigue en un curso regular el acontecer de la creación pasando de la realización y la destrucción, pero conservando en la sucesión de las especies su semejanza hasta llegar a su término”: la elevación de la idea, la elección feliz y el desarrollo lúcido de la imagen, la amplitud de la frase y la simplicidad del estilo son las cualidades que, desde hacía mucho, la elocuencia griega había perdido y que Basilio las recupera.

En la Homilía XIX, *Elogio a San Gordio, mártir de Cesarea*, luego de haber detallado el marco de la persecución de Diocleciano, nos dice:

Fue de Cesarea en Capadocia, soldado distinguido y centurión ilustre, aventajando a sus compañeros en valor, como les excedía a todos en virtudes y en gracias. En la persecución de Maximino, cuando se promulgó en Cesarea el edicto del emperador prohibiendo que se adorase a Cristo, renunció Gordio los honores, la milicia, los amigos y la patria, y se desterró voluntariamente, viviendo escondido en las selvas, hasta que no pudiendo contener por más tiempo su coraje, volvió a Cesarea en ocasión que se estaban ejecutando unos juegos ecuestres en honor de Marte, y saliendo en medio del circo, proclamó a Jesucristo como el único y verdadero Dios. Fue al momento cogido, interrogado, y después de ser afligido su cuerpo con una multitud de tormentos, fue decapitado el día 3 de enero del año 313. (p. 223)

Hace Basilio una detallada descripción de la vida y conversión del centurión Gordio, tanto como de las heridas y torturas a las que fue sometido en su martirio. Pero lo más importante es que por cada una de sus heridas se va señalando el premio que tendrá en la vida eterna:

Despedácese el cuerpo, atorméntense sus miembros, lleguen hasta donde os gustare los tormentos. No me impidáis la bienaventuranza que espero. Cuánto más crueles sean los tormentos, tanto mayor es el galardón que me prepararéis. Estos son los pactos entre el Señor y nosotros: por los cardenales que queden señalados en nuestros cuerpos, se nos vestirá en la resurrección un vestido resplandeciente; a las ignominias suceden las coronas; el Paraíso a las cárceles; si se nos condena como a malhechores, viviremos en compañía de los Ángeles: sembrad en mi carne abundante semilla, para que siegue una mies copiosa. (p. 238)

El cielo es, entonces, el premio para los justos y muy particularmente para los mártires, una categoría de santidad que no existía antes del cristianismo. La Antigüedad cristiana es, a la vez, la Iglesia de los mártires y que el mártir es el testigo y da testimonio de la Fe con su vida, lo dice la misma etimología de la palabra griega que se ha conservado en esa lengua hasta hoy: préstamo al castellano del latín (s.XII) *martyr*, *martyris* y este del griego *mártys*, *márturos* “testigo” y después “mártir”. Esa función testimonial la realiza con su vida; así lo expresa Gordio ante los jueces y el populacho: “Me presento -dijo- para manifestar con las obras el desprecio a vuestros mandamientos, y la fe que tengo en Dios, en quien tengo puesta toda mi esperanza (p.239).

No se trata, como sostenían los gnósticos, de que solamente llegan al cielo los *pneumáticos* y que la ascensión es efecto de una

especial cualidad intelectual, sino de que el Cielo es el resultado de la Fe en Cristo tanto como de una conducta proba:

... porque estará el justo en una eterna memoria, ya de los peregrinos de la tierra mientras dure el mundo, y ya en los cielos y delante del Justo Juez, a Quien sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén. (p.241)

En la Homilía XX, dedicada a los *Cuarenta Mártires de Sebaste* o la Santa Cuarentena (en antiguo griego katharevousa Ἅγιοι Τεσσαράκοντα, en demótico Ἅγιοι Σαράντα) fueron un grupo de soldados romanos en la Legio XII “*Fulminata*” (Relámpago) cuyo martirio en el 320 d. C. se relata en martirologios tradicionales. El relato más antiguo de su martirio es el de San Basilio, siendo ya obispo de Cesarea (370-79). Esta homilía fue pronunciada precisamente en la fiesta de los cuarenta mártires. La fiesta es por consiguiente más antigua que el episcopado de Basilio, cuyo elogio de ellos se pronunció sólo cincuenta o sesenta años después del martirio, que es así histórico más allá de toda duda. Según San Basilio, cuarenta soldados que se habían confesado abiertamente cristianos fueron condenados por el prefecto a ser expuestos desnudos sobre un estanque helado cerca de Sebaste en una noche terriblemente fría, para que murieran congelados. Entre los confesores, uno cedió y, abandonando a sus compañeros, buscó los baños calientes junto al lago que se habían preparado para el que se mostrara inconstante. Uno de los guardias puesto para vigilar a los mártires contempló en ese momento un resplandor sobrenatural – Ángel- que les cubría y enseguida se proclamó cristiano él mismo, se despojó de sus vestidos, y se colocó junto a los treinta y nueve soldados de Cristo. Así el número de cuarenta siguió completo. Al amanecer, los rígidos cuerpos de los soldados, que aún daban signos de vida, fueron quemados y sus cenizas arrojadas a un río. Los cristianos, sin embargo, recogieron los

preciosos restos, y las reliquias fueron distribuidas por muchas ciudades; de esta manera la veneración prestada a los cuarenta mártires se extendió, y se erigieron numerosas iglesias en su honor. Una de ellas se construyó en Cesarea de Capadocia, y fue en esta iglesia donde San Basilio pronunció públicamente su homilía.

Cuando San Basilio se pregunta, en su Homilía, por la patria a la que podrían pertenecer cada uno de ellos, nos dice:

La ciudad, pues, de estos mártires es la ciudad de Dios, aquella Jerusalén soberana, de la cual es Fundador y Artífice el mismo Dios, ciudad libre y exenta, patria de los Ángeles, de un San Pablo y de todos los demás que se le asemejan. (p.312)

5. Conclusión

Por el hecho de que San Basilio es el primero que se ocupa bajo el punto de vista físico, del origen y de la constitución del cielo empíreo influye notablemente en la teología del medioevo. Para él, el cielo es mucho más antiguo que el mundo visible, es hasta eterno sin relación con el tiempo. Se puede decir que es para el santo un lugar o algo análogo, propio a recibir las naturalezas angélicas. Dios creó en este lugar una luz espiritual, hecha para la felicidad de los que se adhieren, lo pobló de naturalezas inteligentes e invisibles, de una legión de ángeles y arcángeles que eran su ornamento. Por otra parte, hay que reconocer que este cielo superior es distinto del firmamento, ya que fue creado antes que todas las demás cosas. La diferencia proviene de su naturaleza y de su destino, como quiera que el firmamento es de esencia menos sutil que el cielo, y su función física se relaciona mucho más estrechamente con el movimiento general del universo. Además, Basilio sigue en este punto las enseñanzas de la Escritura que nos hablan de la pluralidad de cielos y no hay nada

en ello que pueda llamar la atención de los filósofos. De hecho, San Basilio comenta con frecuencia los Salmos, y nos cita, en sus escritos, el Ps XV:

Porque Vos no abandonaréis mi alma en la región de la muerte;
ni dejaréis a vuestro santo sentir la corrupción.
Me haréis conocer los caminos de la vida;
con vuestra presencia me colmaréis de gozo;
las eternas delicias junto a tu diestra. (Ps. 15, 10sq.)

Y aún a Job, quien también canta su esperanza inmortal:

Porque sé que vive mi Redentor,
y que he de resucitar en el último día,
y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía,
y en mi carne veré a mi Dios;
a Quien he de ver yo mismo y no otro.
(Job, 19,25 sq.)

Nada queda del relato de los basilidianos en los comentarios del padre Basilio y para disgusto de los arrianos, Cristo es Dios y centro del Reino de los Cielos.

Para presentarnos la idea de cielo, Basilio trabaja mostrando algo así como el revés de la trama: frente a los dolores y sufrimientos de este mundo pasajero, Dios nos espera en ese otro y nuevo mundo donde a cada pena corresponderá una alegría y un gozo sin fin. Y, además, los que ya están allí por su testimonio o sus buenas obras, interceden por cada uno de nosotros para que todos gocemos eternamente con El y con ellos. Así lo afirma en el inicio de la Homilía XX:

¿Cómo se saciará de venerar la memoria de los Mártires quien los ama de verdad, cuando el honor que tributamos a nuestros consiervos es una señal de nuestra benevolencia al Señor de todos? (...) Pues alaba [tú] con sinceridad al que sufrió martirio, para que tu seas mártir de voluntad, y sin la persecución, sin el fuego y sin los azotes, consigas al fin el mismo galardón que él. (Loarte, 1998. p 158)

6. Referencias bibliográficas

- Atanasio (1973). *La Encarnación del Verbo*. Editorial Ciudad Nueva.
- Aimé Puech (1930). *Histoire de la Litteratura grecque Chrétienne. Depuis les origines jusqu' a la fin du IVe siècle*. Les Belles Lettres.
- Gribomont, J. (1983). *Basilio di Cesarea di Cappadocia. Dizionario Patristico e di Antichita Cristiane*.
- Colombás, G. M. (1974). *El monacato primitivo*. Ediciones BAC
- Homilias de San Basilio Magno* (2009). Traducido por Pedro Duarte, 1796. Universidad Complutense de Madrid.
- Mircea Eliade (1974). *Tratado de Historia de las Religiones*. Ediciones Cristiandad.
- Loarte, J. A. (1998). *El tesoro de los Padres*. Ediciones Rialp.
- Roque Barcia (1902). *Diccionario general Etimológico*. Seix Editor.
- Rosanas, J (1952). *El Cielo: tratado dogmático*. Editorial Poblet.